

GREGORIO GUTIERREZ GONZÁLEZ.

Nació en la Ceja del Tambo (Estado de Antioquia), el 9 de Mayo de 1826. Hizo sus primeros estudios en el Seminario de Antioquia, dirigido entonces por el señor Obispo Juan de la Cruz Gómez Plata; los continuó en el Seminario de la Arquidiócesis de Bogotá, muy atendido en ese tiempo por el Arzobispo, señor Manuel J. Mosquera. Aunque sus padres parecían querer encamilarlo á la carrera sacerdotal, él prefirió seguir la profesión de la Jurisprudencia, á cuyo efecto hizo los estudios necesarios en el Colegio de San Bartolomé de la Universidad nacional, en donde recibió el grado de Doctor y enseguida el título de Abogado de la Corte Suprema de la Nación, en 1847. De regreso á Antioquia contrajo matrimonio, en 1850, con la señorita Juliana Isaza, á quien dirigió con el nombre de *Julia* esas poesías llenas de pasión delicada que tan populares han llegado á ser. Desempeñó los puestos de Diputado en la Asamblea y Magistrado del Tribunal de la Provincia de Córdoba; Diputado á la Asamblea y Magistrado del Tribunal Superior del Estado de Antioquia; Representante y Senador del mismo Estado en el Congreso nacional y Secretario de Guerra del Estado en los primeros tiempos de la Administración del señor Pedro J. Berrío.

Sus poesías fueron coleccionadas primero en Bogotá, en una edición publicada por el señor José María Vergara y Vergara, en 1867; en 1869 en otra edición dada á luz por el poeta mismo en Medellín; en Nueva York, en 1866, lo habían sido ya de un modo incompleto en un tomo destinado á regalos por el señor Darío Mazuera; y la primera colección completa, trabajada personalmente en la imprenta por los mismos hijos del poeta, apareció en esta ciudad en 1881. El más notable de los trabajos poéticos de Gutiérrez es su célebre « Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia » cuya extensión no nos ha permitido incluirla en este libro. Los últimos años de su vida pasaron tristemente en resignada pobreza y rodeado de larga familia. Murió en Medellín el 6 de Julio de 1872.

A JULIA.

Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
A ti vencido yo, tú á mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos!

Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.

Tú *asida* de mi brazo, indiferente
Sigue, tu planta mi resuelto pié;
Y de la senda en la áspera pendiente
A mi lado jamás temes caer.

Y tu mano en mi mano, paso á paso,
Marchamos con descuido al porvenir,
Sin temor de mirar el triste Ocaso
Donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreír sonrío,
Reclinado en tu seno angelical,
De ese inocente corazón, que es mío,
Arrullado al tranquilo palpitar.

Y la ternura y el amor constantes
En tu limpia mirada vense arder,
Al través de dos lágrimas brillantes
Que temblando en tus párpados se ven.

Son nuestras almas místico ruido
De dos flautas lejanas, cuyo són
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
Y eso me basta para ser feliz!

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
Bajo una misma lápida los dos!
Mas mi muerte jamás tus ojos lloren
Ni en la muerte tus ojos cierre yo!

1850.

CANCIÓN

EN BOCA DE UNA MUJER.

(De Schiller).

Era el más bello de los hombres todos,
Hermoso como un ángel... Su mirada
Era un rayo del sol que fugitivo
El mar refleja en sus azules aguas.

Sus abrazos... transporte delicioso!
Su corazón mi corazón buscaba
Y á impulsos del amor juntos latían
Y los labios y vida encadenaban.

La noche á nuestros ojos se extendía,
Y dejando vagar nuestras miradas
Perdíanse en su sombra, y á los cielos
Fascinado el espíritu volaba.

Oh!... y sus besos!... emoción divina!
Cual dos rayos de luz que se entrelazan,
Cual dos voces de un arpa que se juntan
En confusión armónica y lejana.

Su espíritu y mi espíritu se unían;
Dentro del alma penetraba el alma;
Y las mejillas rojas de deleite
Y los ardientes labios nos temblaban.

Él ya no existe!... En vano mis suspiros
Y mis calientes lágrimas le llaman...
Ya no existe!... y los goces de la vida
En gemidos inútiles se exhalan.

SUPER FLUMINA BABYLONIS.

En Babilonia á orillas de su río,
Un día, en cautiverio, nos sentamos,
Y nuestra suerte mísera lloramos,
Lamentando la ausencia de Sion.

Cada cual en los sauces de la orilla
Triste, colgaba el músico instrumento,
Cuyas cuerdas heridas por el viento
Recordaban los cantos del SEÑOR.

Los mismos que cautivos nos llevaron
Y cautivos por fuerza nos tenían,
Sin mirar nuestro llanto nos pedían
De nuestra amada patria una canción.

Pero ¿ cómo cantar aprisionados
Los cantos del Señor en tierra ajena ?...
¿ Cómo elevar con tan amarga pena
Los himnos de otro tiempo al. nuestro Dios?

Jerusalén, Jerusalén querida!
Que se seque mi mano en el momento
Que pretenda pulsar un instrumento
Entre un pueblo enemigo de tu ley !

¡ Que apague para mi su luz el día,
Que se pegue la lengua á mi garganta,
Si en tierra extraña tus canciones canta
Olvidado de ti, Jerusalén!

Acuérdate, Señor, del día horrible
Postrero de Sion ; oye ese acento:
“¡ Arrasadla, arrasadla hasta el cimiento! »
Gritan los hijos bárbaros de Edom.

Hija infeliz, ciudad de Babilonia!
Tal rüina te espera y tal estrago.
¡Dichoso aquel que pueda darte el pago
De lo que haces con nosotros hoy!

Oh ¡ bienaventurado aquel que pueda
Mirar tu destrucción, ciudad maldita,
Y en tus escombros con tu sangre escrita
La historia de tus crímenes leer!

Aquel que vea los llorosos niños
Del regazo materno arrebatados
Y en las piedras dispersas estrellados
De la que un tiempo tu muralla fué !

¿POR QUÉ NO CANTO?

Á DOMINGO DÍAZ GRANADOS.

¿ Por qué no canto? ¿ Has visto á la paloma
Que cuando asoma en el Oriente el sol
Con tierno arrullo su canción levanta,
Y alegre canta
La dulce aurora de su dulce amor?

Y ¿no la has visto cuando el sol se avanza
Y ardiente lanza rayos del cenit,
Que fatigada tiende silenciosa
Ala amorosa
Sobre su nido, y calla, y es feliz ?

Todos cantamos en la edad primera,
Cuando hechicera inspíranos la edad,
Y publicamos necios, indiscretos,
Muchos secretos
Que el corazón debiera sepultar!

Cuando al encuentro del placer salimos,
Cuando sentimos el primer amor,
Entusiasmados de placer cantamos
Y evaporamos
Nuestra dicha al compás de una canción !

Pero después... nuestro placer guardamos,
Como ocultamos el mayor pesar;
Porque es mejor en soledad el llanto,
Y crece tanto
Nuestra dicha en humilde oscuridad!

Sólo en oscuro retirado asilo
Puede tranquilo el corazón gozar:
Sólo en secreto sus favores presta
Siempre modesta
La que el hombre *llamó felicidad.*

¿ Conoces tú la flor de batatilla,
La flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
Crece á la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol!

Debe cantar el que en su pecho siente
Que brota ardiente su primer amor;
Debe cantar el corazón que, herido,
Llora afligido,
Si ha de ser inmortal su inspiración!

Porque la lira en cuyo pié grabado
Un nombre amado por nosotros *fué,*
Debe á los cielos levantar sus notas,
Ó hacer que rotas
Todas sus cuerdas para siempre estén.

Pero ¡ cantar cuando insegura y muerta
La voz incierta triste sonará..!
Pero cantar cuando jamás se eleva
Y el aire lleva
Perdida la canción, triste es cantar!
¡ Triste es cantar cuando se escucha al lado
De enamorado trovador la voz!
¡ Triste es cantar cuando impotentes vemos
Que no podemos
Nuestras voces unir á su canción!
Más tú debes cantar. Tú con *tu* acento
Al sentimiento más nobleza das:
Tus versos pueden fáciles y tiernos
Hacer eternos
Tu nombre y tu laud...Debes cantar!

Canta, y arrulle tu canción sabrosa
Mi silenciosa, humilde oscuridad!
Canta, que es sólo á los aplausos dado
Con eco prolongado
Tu voz interrumpir ! ...Debes cantar.

Pero no puedes, como yo he podido,
En el olvido sepultarte tú;
Que sin cesar y por doquier resuena
Y el aire llena
La dulce vibración de tu laud.

No hay sombras para ti. Como el cocuyo
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va.

CANCION.

Oh! si el volverse á ver fuera tan dulce
Como es triste y cruel decirse adiós
Mas Dios no quiere que el placer se mida
En la misma medida del dolor.

Adiós, pues! De tu amor guardo un recuerdo;
Mas si ese amor fué un sueño nada más,
Yo no recibo en cambio de ese sueño
La más encantadora realidad.

Brilla al través de tus hermosos ojos
Un universo de placer y amor;
Y aunque ese fuego no lo brote el alma,
Brille en tus ojos al decirme adiós.

Mírame así, que tu mirar ardiente
Pudiera iluminar un porvenir;
Y si tus ojos deben dar la muerte
Será dulce morir! Mírame así!...

AURES.

De peñón en peñón turbias saltando
Las aguas de AURES descender se ven;
La roca de granito socavado
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
Temblosos, condensan el vapor;
Y en sus columpios trémulas vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
Entretejido, el verde carrizal,
Como de un cofre en el oscuro fondo
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
Forman grutas do no penetra el sol,
Como el toldo de mimbres y de palmas
Que Lucina tejió para Endimion.

Reclinado á su sombra, cuántas veces
Vi mi casa á lo lejos blanquear,
Paloma oculta entre el ramaje verde,
Oveja solitaria en el grama!

Del techo bronceado se elevaba
El humo tenue en espiral azul...
La dicha que forjaba entonces el alma
Fresca la guarda la memoria aún.
Allí, á la sombra de esos verdes bosques,
Correr los años de mi infancia vi;
Los poblé de ilusiones cuando joven,
Y cerca de ellos aspiré á morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
Basta! las penas tienen su pudor,
Y nombres hay que nunca se pronuncian
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
Blanco—azulado el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
Ve de la tarde á la rosada luz
La amarilla vereda que serpea
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
Al pasado su mágico color;
Al través de la lluvia son más bellas
Esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Herencia de mis padres, hondo río,
Casita blanca... y esperanza, adiós!

LAS DOS NOCHES.

Á DEMETRIO VIANA.

Oh! noche oscura! oscura, oscura noche!
Voy á matar mi luz artificial,
Y me quedo conmigo en otra noche
Más oscura que tú,—mi propio mal.

Entre dos pabellones que se elevan
Si negro es el de arriba, el mío es más:
De esas cortinas ¿ cuál me infunde miedo?
Me infunde miedo la que tengo acá.

Voy á mi lecho, estrujo mi ropaje,
Dando sin descansar vueltas en él;
Vuelve el alma sus ojos hacia dentro,
Y oscuridad en su contorno ve.

Pero en su fondo no, pues donde quiera
Algo hay que punza y en relieve está.
No se puede borrar de la conciencia
Lo que puede borrar la oscuridad.

Los ojos hacia dentro, te aseguro,
Los infusorios de la vida ven,
Microscópicos seres que un cocuyo
Con su luz vacilante hace tremer.

1871

¡MISERERE!

Misericordia, oh Dios, oh Dios eterno!
Escucha las palabras de mi boca:
Guarda tu omnipotencia y tu justicia;
Sólo te pido yo misericordia.

Eterno, omnipotente y admirable
Te manifiestas en tus obras todas,
Y yo, ruin, para alcanzar clemencia,
No tengo más que mis mundanas obras.

Tú, Todopoderoso, eres el centro
A do la creación gravita toda;
Sólo tú permaneces inmutable,
Pues todo el tiempo lo destruye y borra.

¡ Círculo eterno cuyo centro se halla
En todas partes, siempre, á todas horas,
Y cuya periferia en parte alguna
Jamás puede encontrar la mente ansiosa.

Son los mundos y soles refulgentes
Opacas lentejuelas de tu alfombra,
Y el pasado, el presente y el futuro
Un breve punto á tu presencia sola.

Al que pretende penetrar tu esencia
Tu poder lo confunde y lo acongoja,
Mas así muestras tu poder eterno,
Abrumando al que intenta ver tu gloria.

Tu ciencia es infinita, y tu justicia
Infinita como ella y portentosa;
Pero yo sólo á tu bondad ocurro,
Busco al Padre no más ; óyeme ahora.

Tu airado rostro de mi rostro aparta,
Y así tu oído escuchará mi boca;
No te acuerdes, Señor, de mis pecados,
Y de mi alma la impureza borra!

Con un santo temor y temblor santo
Quisiera yo servirte á todas horas,
Y espero tu perdón, porque yo, ingrato,
Al fango me arrojé, do gimo ahora.

Señor, soy débil, me confieso reo,
Nada mi infamia y mi vileza abona,
Pero fui concebido en el pecado,
Y es la mancha de Adán mi herencia odiosa.

¡Apártame del vicio, Dios clemente,
Y tu perdón mi contrición acoja,
Mi contrición que alentarás, que el alma
Es impotente si se encuentra sola!

No son las almas parte de tu esencia,
Pues sólo son tu predilecta obra;
Si tú, sombra inmortal tener pudieras,
Nuestras almas talvez fueran tu sombra.

Mas vuelve ya tu rostro hacia mi rostro;
Ya me oíste, Señor, mírame ahora!
¿ No me escuchas aún? Virgen María,
Ayúdame á rogar, Madre y Señora!

Pide á mi Redentor, al Hijo tuyo,
Que mi plegaria compasivo acoja.
Me escuchaste, ¿ no es cierto, Madre mía?
Gracias! que así tendré misericordia!

A JULIA.

« Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
A ti vencido yo, tú á mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos! »

Así te dije; oh Dios!...¡ Quién creería
Que no hiciera milagros el amor!
¡ Cuántos años pasaron, vida mía,
Y excepto nuestro amor, todo pasó!

¡ Con cuánto orgullo yo añadí: mi brazo
Te servirá en la vida de sostén!
De nuestro amor el encantado lazo
Risueño, ufano, al mundo lo mostré.

Mucho, mucho, mi Julia, hemos sufrido!
Un abismo descubro entre hoy y ayer
Mas el débil fui yo, yo fui el vencido
Tú, fuerte de los dos, tuviste fe.

Y tu fe te ha salvado y me ha salvado,
Pues unidos vinimos hasta el fin,
Cual dos olas gemelas que han rodado
En busca de una playa en qué morir.

Basta para una vida haberte amado:
Ya he llenado con esto mi misión.
He dudado de todo... he vacilado,
Mas sólo incontrastable hallé mí amor.

Julia, perdón si al fin de la carrera
Fatigado y sin fuerzas me rendí...
¡ Si tu suerte enlazada no estuviera
Con mi suerte, tal vez fueras feliz!

Tú fuiste para mí como la roca
Al solo y casi náufrago bajel,
Que, el ancla en ella al arrojar, provoca
Las tempestades que en contorno ve.

Empero, la borrasca no te arredra
Aunque se avanza hacia nosotros dos,
Y has querido morir como la hiedra
Que se abraza del olmo protector.

Fué desigual la unión de nuestros lares;
Yo con mis faltas, tú con tu virtud;
Tú dándome tu amor, yo mis pesares...
¡Oh! debiste salvarte, sola, tú!

Mas de la vida en la penosa lucha,
Ya en el fin, como yo debes hallar
Un consuelo supremo: Julia escucha:
Si no como antes, nos amamos más.

Indice de autores

Siguiente

BANCO DE LA REPÚBLICA

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO